

XIV

LA CORTE DE LOS MILAGROS

En la época del Renacimiento, París poseía aún sus murallas medievales, férrea cintura fortificada con torres, en la que se abrían diez y seis puertas más fortificadas aún si cabe, y bien defendidas puesto que para atravesar el foso era preciso pasar por los pedreros de pequeñas y almenadas ciudadelas en la atalaya de las cuales velaba un arquero noche y día. Demás de esto, cada puerta era un rastrillo, es decir, un pasaje abovedado, y la mayor parte de ellas eran franqueadas con auxilio del puente levadizo.

Ocho de dichas puertas se hallaban en el espacio de murallas comprendido en la orilla izquierda del Sena, de algunas de las cuales, como las de Nesles, Buci, San German y San Miguel, hemos tenido ya ocasión de hablar en el decurso de esta historia; á estas seguían la puerta de Santiago, la de San Marcelo y la del Torreoncillo, que se hallaba á orillas del río.

La parte norte de la ciudad, aun siendo como era la más extensa, solo contaba en sus murallas el mismo número de puertas que la situada del lado allá del río, puertas que llevaban el nombre de las calles que iban á terminar en ellas: es decir, de San Antonio, del Temple, de San Martín, de San Dionisio, de Montmartre y de San Honorato. Las dos últimas, la puerta Nueva y la de la Conferencia, no formaban en realidad más que una sola entrada á dos callejones separados uno de otro por el jardín de las Tullerías.

El convento y campo de cultivo de las Arrepentidas, situado junto al muro de circunvalación derribado en tiempos de Luis XIII, ocupaba exactamente el espacio comprendido entre las puertas de Montmartre y San Dionisio, en lo que hoy son calles de Aboukir y de Montmartre; y en el espacio limitado al norte por el convento de referencia, al este por el muro de circunvalación, al sur por la calle de San Salvador, y por la continuación de la de San Dionisio al oeste, serpenteaban por aquel entonces, formando numerosos recodos, dos callejuelas infectas y tortuosas, siniestras y mal olientes. La primera de ellas terminaba en callejón sin salida llamado callejón del Paraíso, nombre tanto más pretencioso ó irónico cuanto que dicha vía, más que tal, era una inmunda cloaca en la que abundaban el fango y los detritus de toda clase.

La otra callejuela era conocida por un nombre no menos irónico: llamábanla en efecto *tripa de Concepción*, y desembocaba en inmensa plaza de forma irregular, lamentable y nauseabunda, la reputación de la

cual perdura á través del tiempo, inmortalizada por todas las literaturas. Era la corte de los milagros.

¿Por qué ese nombre? Fuele adjudicado, y no sin razón, en virtud de las transformaciones súbitas y extraordinarias que se operaban en las personas de ladrones, vagabundos, mendigos, hampones y galloferos que encontraban hospitalidad en tal recinto, apenas penetraban en el mismo.

Llegados que eran á la plaza de que acabamos de hablar, en la que la policía y la fuerza armada sólo penetraban en circunstancias y casos muy excepcionales, los impedidos dábanse á correr, y los cojos á andar con normalidad; servíanse de sus brazos los mancos, los ciegos recobraban la vista, como el oído los sordos; perdían los jorobados sus gibosidades, los paráliticos colocaban bajo el brazo sus muletas, calmábanse los epilépticos, los hidrópicos se desinchaban, los mudos dábanse á hablar por los codos, parecían ocurrentes los idiotas, desaparecían como por ensalmo las llagas y heridas, rejuvenecían instantáneamente los ancianos y ¡cosa aún más singular! quedaban de repente huérfanos las niñas y niños que en las calles de la capital aparecían á los ojos del pasante compasivo como esperanza única de sus abnegados padres.

Claro es que la repetición diaria de tantos y tan estupendos prodigios justificaba á los ojos de todo el mundo el nombre de corte de los milagros con que fué bautizada aquella metrópoli de la bellaquería y del vicio.

Para llegar hasta ella, según categórica afirmación de un historiador de aquella época, hacía necesario descender una pendiente desigual y áspera — que sin duda era lo que es hoy la cuesta de nuestras calles Montorgueil y Poissonnière — y atravesar un número infinito de callejuelas, el piso de las cuales hallábase dispuesto como el de otras tantas cloacas.

Todas las vías de aquel barrio, en el que habitaba la escoria de la sociedad, hallábanse empedradas de inmundicias, que era fácil encontrar por todas partes, formando montones ó diseminadas, y constituyendo en un caso como en otro infinitos focos de enfermedades contagiosas.

En tiempo de lluvias, aquello era un desbordamiento de detritus, una inundación fangosa que acarrea materias orgánicas en descomposición, la vista de las cuales levantaba el estómago más fuerte; y en tiempos de sequía respirábanse sin cesar olores mefíticos, de todo punto asfixiantes.

Al llegar la noche, un populacho desarrapado, inmundado, temible, hormigueante, llevaba á aquella cloaca unas cuantas horas de vida intensa y formidable. Tumulto ensordecedor y espantoso ruido anunciaban el comienzo de la nocturna zarabanda, que se prolongaba hasta el alba en plena obscuridad, amable tercera amparadora de todos los actos y de los crímenes todos.

Otras veces, — y no era este el espectáculo menos siniestro, el rojo resplandor de inmensas fogaratas alumbraba las fachadas de las casas en las que pro-

yectábanse horribles sombras de pesadilla que danzaban, bebían, amaban ó se asesinaban.

En su libro *Antigüedades de Paris*, dice Sauvel haber tenido ocasión de ver en aquel sitio una casa de barro, medio soterrada, vieja y amenazando ruina, que como capacidad tenía apenas cuatro toesas en cuadro, y en la cual habitaban sin embargo más de cincuenta matrimonios cargados de una infinidad de chiquillos legítimos, naturales ó robados. Y aun añade que en dicha exigua morada, y en las demás, habitaban más de quinientas numerosas familias, amontonadas unas sobre otras.

Moradas por ese estilo rodeaban por todas partes la corte de los milagros; casas bajas, medio hundidas, oscuras, agrietadas, deformes, construídas con materiales indecibles, y derrumbándose al peso de las muchas gentes que en ellas se instalaban en promiscuidad inconcebible.

Una imagen de Dios, robada sin duda en algún lugar sagrado, mostraba su cuerpo martirizado en un nicho que alguien practicó para tal exhibición al extremo de la plaza, y en el cual parecía como si el mártir extendiese cada vez más sus brazos redentores, y como si elevase al cielo las miradas para apartarlas del orgiaco espectáculo que de continuo desarrollábase á sus divinas plantas.

La siniestra población de aquel barrio del crimen y del vicio regíase por severo reglamento, común á toda la gallofería parisiense. Cada uno de sus individuos, adeptos ó afiliados, hallábase obligado á no poseer nada

que no procediese de la mendicidad ó del robo; y con objeto de evitar la pereza, excitando al mismo tiempo el ingenio, la propiedad de lo pedido ó robado no podía prolongarse más allá de veinticuatro horas.

Los miembros de la cofradía hablaban entre ellos una jerga llamada argot, y sus miembros reclutábanse entre las diferentes clases de hampones, que recibían distintos nombres según la especialidad á que se dedicaban. Había pues *drogueros* (los que practicaban el engaño) *mercantiles*, *huérfanos*, *enfermizos*, *pécoros*, é infinidad de clases y categorías. Estas establecíanse en una especie de jerarquía que comenzaban en los *burtones*, ó gente de *la llamita*, nombre que les era dado por las tijeras (*llame*) de que iban armados, para cortar las bolsas. Venían luego los *archisoportes* que eran los sabios, los profesores de jerga. Encima de éstos estaban los *cagoles* que formaban el estado mayor del jefe, su policia particular, y eran expertos en los robos ingeniosos, en el arte de mendigar y en el de simular llagas y enfermedades. Mas altos aún que éstos estaban los dos asesores del maestro: el duque de Egipto y el emperador de Galilea; y por último, en el sitio preeminente el jefe supremo, el *gran Coesre* que llevaba también el título ambicionado de *rey del argot* ó de *rey de Thunes*.

Los poderes de este soberano eran omnímodos, y su reinado duraba un año, siendo elegido por todos sus vasallos reunidos en asamblea general. Estos debíanle una contribución personal, pagadera por años, que variaba según las categorías, entre cinco sueldos y dos

escudos. Podía condenar sin apelación, pero también ser condenado por sus súbditos.

La ceremonia del pago de la contribución regia verificábase con gran pompa y no escasa originalidad. Acompañado por el emperador de Galilea y el duque de Egipto, sus altos dignatarios, y seguido de un heraldo portador de su estandarte, — una piel de perro clavada en un palo, — el gran Coesre, vistiendo un manto hecho jirones y tocado con un sombrero viejo adornado con conchas, montaba sobre las espaldas de un robusto cortador de bolsillos. Ante él colocaban un plato grande y hondo encima de un tajo, y por allí desfilaban todos los afiliados, depositando su ofrenda en el plato. ¿Que alguno de ellos pretendía esquivar el pago? El gancho que á manera de cetro empuñaba el gran jefe lo atrapaba al pasar, y de grado ó por fuerza, en evitación de mayores males, el hombre pagaba lo suyo.

Claro es que las personas *decentes* de la cofradía se hallaban en continuadas relaciones con los tiradores del pego, los corta-cordones, los salteadores de caminos, descuideros y demás gente ordinaria; y no sólo se hallaban en relaciones con ellos, sino que les ayudaban á robar, á atracar, á sorprender, á llevar en fin por todas partes el desorden y la ruina.

Al llegar la noche, — dice asimismo el autor antes citado, — una buena parte de los cuarenta mil aventureros sin fe ni ley que por aquel entonces asolaban la capital refugiábanse en el seno de la hospitalaria corte de los milagros, en la que estaban seguros de encon-

trar con qué alimentarse y un rincón para dar descanso al fatigado cuerpo sin temor á las desagradables sorpresas que en el centro de la capital podían darles los arqueros del Prevostazgo.

Era en fin la tal corte el paraíso de la gente maleante, que engordaba en la ociosidad, instruyéndose al mismo tiempo en la escuela por excelencia del bandillaje y del crimen. Además, allí sucedíanse á diario, entre truhanes y bellaconas, orgías desenfadadas de escandalosa licencia, de pasión brutal, de placeres feroces, actos en fin cuya descripción es imposible á toda pluma honrada.

La víspera por la noche, y como á cosa de la diez, es decir en el momento mismo en que la casa de la Pulpa se animaba, en que se acostara la señora de Villanueva-Marsan, en que Solange hacía sus devociones y en que Sed de Amor, abandonado por Cortomontel y por Matraca, apoyándose en la viga del sobradillo comenzaba su nocturna centinela, en la corte de los milagros y en el callejón sin salida separado de ella por una doble hilera de casuchas que no se comunicaban, reinaba extraordinaria animación.

En la plaza fangosa, alumbrada por cinco ó seis antorchas plantadas en las grietas de algunas mesas ó en algunos postes destinados á servir de maniqués á los aprendices de ladrón, hormigueaba gritando, bebiendo ó querellándose una población fantástica de andrajosos bien plantados y de monstruos — los que aún no se habían quitado jorobas ó llagas postizas — por entre

las cocinas al aire libre, de las que subían hacia el cielo columnas de humo nauseabundo, con el incienso de las pústulas de grasa rancia. Niños y niñas, adultos y adultas, ya borrachos, iban y venían por entre los bancos cojos, los taburetes sin patas y las mesas desvencijadas pero cargadas sin embargo de frascos de vinazo y de cerveza, de cacerolas sucias y de aceitosos cubiletes.

Para completar el cuadro, ya de suyo bastante típico, acompañando en sordina el infernal ruido que dominaba en la plaza, había además música de besos, y música de mogicones que se repartían equitativamente los descontentos ó los celosos.

En una de las mesas, situada cerca del sitio en que desembocaba *la tripa de Concepción*, seis truhanes y tres bellacas hacían los honores á un bodrio en verdad no muy apetitoso, que rociaban con repetidos tragos de cerveza.

Si exceptuamos á un hombrecillo bilioso sentado en el extremo de la mesa, y que no era otro que Ripaudier, duque de Egipto, y á Nataniel el leproso á quien sus funciones de archisoprote daban cierto barniz de superioridad, el resto de los comensales componíase de ínfimos amigos de la bolsa ajena, rateruelos sin gran importancia: Fargas, cuya especialidad consistía en hacer el tonto; *Cuelloazul*, llamado así porque conservaba aún en su garganta las huellas de la cuerda; el *Bola*, hidrocefalo intermitente; Miguel el *Chulo*, descuidero de gran talento profesional, y además la *Moza floja*, ladrona de niños, la *Tetona*, nodriza de perros

de aguas, y Margarita, bailadora de callejuela, esposas respectivamente del ex-ahorcado, del hidrocefalo y del descuidero.

Miguel había sentado á Margarita sobre sus rodillas, y la bailadora parecía contrariada de que la gente la viera en postura tan familiar y poco correcta para adoptada en sitio público. Por eso sin duda la Moza floja y la Tetona, viejas y celosas, roidas por la envidia, en tono de broma y como quien no quiere la cosa lanzaban pullitas, bromas y retruécanos de que era víctima la bailarina, joven y no del todo fea.

— Bueno, bueno; — dijo de pronto Miguel rechazándola. — déjate de repulgos que no me convencen. Tú, ¡claro! preferirías al *sastre*, ó al gran transformador su compañero. Lo que hay es que no son para tí; tanto Almizcle como Tafouilleux son dos aristócratas... Y á propósito: ¿cómo es que no están aún de vuelta á estas horas?

— Andarán trabajando; — dijo Fargas.

— ¡Hum! — hizo Cuelloazul enigmático.

Y Nataniel por su parte añadió:

— La verdad es que esos dos están siempre por París cuando todos nosotros estamos ya recogidos.

— ¡Y eso es sospechoso! — opinó la Tetona mirando á Margarita; — esos cagoles, hacen los nobles...

— ¿Los miñones, quieres decir? — preguntó la Moza floja. — Pues es un asco. ¿Quién nos dice que no hacen traición?

Oyendo estas insinuaciones perniciosas Margarita, más justa, creyó del caso intervenir.

— Demasiado sabéis todos — dijo — que la pobre Divina los lleva á veces demasiado lejos... Y no es cosa de que se vuelvan sin ella.

— Tiene razón la chica; — intervino Ripaudier abriendo por primera vez la boca para hablar, — y no sé porqué os complacéis en atormentarla.

Miguel lanzó una carcajada.

— No te acalores — dijo — que no hay para tanto. Ya sabemos que tú eres capaz de atormentar á tu hija.

— ¿Qué pretendes insinuar con eso, chulo? — preguntó Ripaudier.

El arrogante truhán habíase levantado; pero ocupó de nuevo su puesto encogiéndose de hombros.

— Nada que tú no sepas ya; — dijo. — Pero en vez de hablar de lo que ya sabemos, mejor será que echemos juntos un trago. Divirtámonos; qué diablo! como se divierte Isis la hermosa.

— ¿Quieres callar mala lengua? Isis es una muchacha de la que nada hay que decir. Cierto que frecuenta la casa de las Miñonas, pero es...

— Por la cuenta que le trae á su padre; — concluyó el Chulo.

— Aunque así sea, — dijo Ripaudier — cumple con su deber y obedece á la ley: *nada para sí*, ya lo sabes. Lo que hay es que á tí te ahoga el despecho porque Margarita es demasiado inocente y no puede producirte tanto; esa es la verdad... Y para mí que haces mal, porque deberías acordarte de que Isis derramó lágrimas sobre tus pies y soportó el peso de tu cuerpo cuando hace cinco semanas te colgaron en las escalas de la

Cruz del Trahoir por orden del brujo de la calle de las Estufas. Lo que es aquella mañana á no ser por mi hija; vaya si escupes tu maldecida lengua! ¿Es cierto ó no lo que digo? Hablad vosotros.

Fargas, que mascaba un pedazo de jabón para aprender á echar espumarajos por la boca al fingir los ataques de epilepsia, lo retiró para afirmar:

— Es verdad.

Y Cuelloazul y la Bola exclamaron á dúo:

— Chulo, tú no sabes lo que dices.

Disponíase el Chulo á replicar cuando tres nuevos personajes aparecieron en escena, destacándose de la sombra de *la tripa de Concepción*.

Levantáronse al verlos llegar los reunidos profiriendo alegres exclamaciones.

— ¡Ya está aquí Divina! — exclamó uno.

— ¿Quién decía que nos habían robado á nuestra madrecita? — preguntaba otro.

Y un tercero decía con sorna:

— Llega con sus guardianes, el elegante Almizcle, y Tafouilleux el seductor.

En efecto: la loca que presenciara poco antes muy impresionada, según tuvimos ocasión de ver, la llegada de las señoras de Villaneuva-Marsan avanzaba entre los dos hombres que habían conseguido llevarla hasta allí á costa de no pocos esfuerzos.

El relámpago de lucidez que por un momento galvanizara los resortes cerebrales de Divina, habíase desvanecido.

Parecía hallarse, en el momento en que la encontra-

mos de nuevo, más agitada que de costumbre; sin embargo, los nombres de María y de Cortansio acababan de desaparecer de su memoria, y víctima una vez más de su dulce manía marchaba con precaución meciendo en sus brazos á un niño imaginario cuyo sueño pretendía sin duda arrullar con el eco monótono de su triste melopea.

— ¿De dónde venís tan tarde? — preguntó Ripaudier.

Y los dos *artistas*, sin contestar concretamente, dijeron:

— En la corte van á ocurrir cosas muy extrañas.

— ¿En la corte de los milagros?

— No: en la del Louvre.

— A ver, á ver... ¿Tenéis noticias?

Almizcle comenzó en voz baja:

— La señora y la señorita de Villanueva-Marsan...

— ¿La mujer y la hija del gran marqués?

— Sí: están de vuelta en París.

Mientras tenía lugar este diálogo, Divina pasaba, soñando despierta como siempre y sin percatarse siquiera del culto de que la hacían objeto los truhanes que se arrodillaban á su paso para besar la orla de su manto. Ellos creían á pies juntillas que bastaba con interesar la mirada de la loca para obtener éxito en los negocios durante toda una semana. Ninguno de aquellos crédulos bellacos podía alabarse de que se hubiese acreditado en él semejante leyenda; pero era tanta su superstición que todos á una entregábanse á sus genuflexiones de costumbre en torno á la pobre loca, siendo

esto causa de que Ripaudier fuese el único que se enteró de la llegada de las señoras de Villanueva por los dos *artistas*, quienes se apresuraron á reunirse enseguida con su protegida.

Atravesaron con ella, siguiendo la diagonal, la plaza fangosa, y tras ella penetraron en una casuca agrietada, que se alzaba á la izquierda mano del horrible barrio de los hampones. Aquella era la casa de Divina la loca.

A punto estaba el duque de Egipto, ó Ripaudier, como el lector quiera, de enterar á sus súbditos de lo que acababa él de saber cuando *la tripa*, es decir, el callejón que ponía en comunicación la corte de los milagros con el mundo exterior, vomitó un nuevo personaje.

— Por Lázaro el ladrón, mi protector reverenciado, — exclamó Nataniel el leproso, — decidme amigos si yo estoy dotado de una vista particular ó bien si el que hacia nosotros avanza es el famoso ganapán á quien llamamos Pielnegra.

— Tu vista no te engaña respetable anciano; ese que llega es en efecto el forjador-verdugo.

Digamos aquí que Ripaudier no era anciano ni leproso; fingía la lepra y caracterizábase de octogenario para mover á compasión las almas sensibles, pero nada más.

La presencia del recién llegado fué acogida con un grito de cólera, y sin la intervención y autoridad de Ripaudier posible es que Pielnegra hubiese pasado un mal rato, porque el hombre era cordialmente detestado

por todos aquellos aventureros cuyos grillos estaba llamado á remachar más tarde ó más temprano.

Nada pasó sin embargo, porque Ripaudier sabía de sobra y por personal experiencia, que frecuentando el trato del ayudante de atormentador era posible á veces ganar algunos escudos. Retiróse pues con él á un lado para conversar misteriosamente, y pocos momentos después abandonaron ambos la corte de los milagros en compañía del gran Coesre que habíase unido á ellos.

— Yo creo, — observó *el Bola* — que ese hijo del diablo se lleva preso á nuestro rey.

— A propósito de presos; — dijo Cuelloazul. — Sabed que Sed de Sangre ha hecho esta noche de las suyas junto al viñedo de los Cartujos.

— ¿Puede saberse lo que ha hecho?

— Ha vencido en singular combate al barón Cortomontel, ya sabéis, ese rufián solitario que trabaja por su cuenta... Pues lo ha cargado sobre su caballo después de libertar á sus prisioneros.

— ¿Pero qué prisioneros son esos? ¿De quiénes hablas, ahorcado del demonio? — dijo amablemente la Tetona.

— Hablo de los de Cortomontel. El hombre había capturado á Pedro Mirot, el llavero de la torre de Vincennes, y á su hija, Glorieta la muda.

— Yo creo que tú divagas. ¿Estás seguro de que Sed de Sangre ha buscado tales gentes?

— Como que yo estaba en el viñedo, y le he visto como os estoy viendo á vosotros. Claro que yo no me

he mostrado, pero le he visto y creo que le conozco bastante para no confundirle con otro.

— Pero vamos á ver: hace un momento tú has dicho, interrumpiéndome: « A propósito de prisioneros. » ¿Por qué has dicho eso? ¿A propósito de qué, ó de quién?

— A propósito de Mirot y de nuestro rey; — dijo Cuelloazul. — ¿No sabes lo que ha dicho el carcelero?

— No, y no me hagas impacientar más de lo que ya lo estoy; habla de una vez; ¿qué ha dicho?

— Pues un día, Pedro Mirot, al ver pasar á nuestro gran Coesre, hubo de exclamar: « Si yo no supiera que mi prisionero está bajo llave podría creer que se ha fugado; ese hombre tiene su misma talla, sus maneras, su modo de andar, todo!

Los truhanes escuchaban sin comprender á dónde iba á parar el narrador.

— Y tú supones... — dijo Nataniel.

— Supongo lo que puede suceder. Que en caso de que pretendieran desembarazarse del gran marqués, y hacer creer que sigue en su calabozo, no tendrían más que encerrar en él á Gaulfarault...

Largo silencio determinado por el estupor acogió esta atrevida hipótesis. Luego, como resistiéndose á creer en la posibilidad de la misma, Nataniel exclamó:

— ¿Sería posible crimen tan odioso? En tal caso preciso sería convenir en que vivimos en tiempos bien extraños. ¡Por Abraham, Isaac y Leví, no, no lo creo!

Mientras tanto Gaulfarault rey de Thunes, Ripaudier y Pielnegra, luego de franquear la *tripa de Concepción*

recorrieron un laberinto de infectas callejuelas, internándose por último en el callejón del Paraíso, la última de cuyas casas á mano derecha era la del rey de Egipto.

Esta casa tenía un piso, lujo raro en el barrio ; pero tanto arriba como abajo contábase una sola habitación. Ripaudier hizo subir á sus dos huéspedes por una escalera de mano, y luego de arrimar una piedra contra la agrietada puerta para asegurarla un poco por dentro, subió él á su vez.

Una vez instalados en el petate que servia de lecho á Ripaudier, pues la habitación de la planta baja estaba destinada á Isis la hermosa, los tres hombres reanudaron la conversación iniciada en la corte de los milagros.

El lector sabe, sobre poco más ó menos, lo que debía tratarse allí. Encargado por Gaspar Mouvette, el teniente de policía al servicio de Catalina de Médicis, de la busca de cómplices para ejecutar el plan infernal concebido por la reina madre, Pielnegra explicó la cosa á su manera.

Según él, tratábase de impedir la fuga de un prisionero de Vincennes, y esto por altísimas razones de estado. El nombre del prisionero no fué pronunciado; en cambio se debatió largamente el número de pistolas que su captura y muerte podía valer á los leales que se encargaran de realizarlas, y quedó convenido el sitio y hora en que el duque de Egipto debía hallarse en compañía de cinco hombres bien armados y convenientemente disfrazados.

— ¡ Ah ! — exclamó el forjador en el momento de

retirarse ; — olvidaba un encargo que tengo para vos, maese Gaulfarault. Será preciso que al rayar el alba, subrepticamente, y sin poner á nadie en el secreto, abandonéis vuestro reino y os dirijáis al Hotel de Soisson donde os esperan.

— ¡ Oh !

— Esperad. Tengo encargo de deciros que ningún peligro os amenaza; antes al contrario; se desea hacer de un solo golpe vuestra fortuna. Para ello bastará con que agradéis á la persona que ordena y manda.

Dicho esto el forjador bajó dos ó tres escalones, volviendo á subirlos enseguida.

— Decididamente, — dijo — no sé dónde tengo hoy la cabeza; me olvidaba de haceros una recomendación, precisamente la más importante... Es necesario, más aún que eso, indispensable, que vayáis provisto de vuestra caja de afeites y postizos. Es un detalle, pero muy interesante.

El forjador se retiró definitivamente.

Mientras en el domicilio del duque de Egipto se desarrollaba la escena que acabamos de describir, Margarita, la joven danzarina de callejuela, ayudaba como de costumbre á Divina la loca á meterse en la cama.

Una vez fuera la muchacha, la loca, acometida de intensa fiebre, no pudo cerrar los ojos. La lucidez pugnaba por abrirse paso en su cerebro á través de la niebla espesa de la demencia. Hubo un momento en que creyó oír hablar detrás de la pared contra la cual apoyábase su mísero lecho. Pero no hizo caso. Sin embargo, obsesionada por aquel murmullo que le impedía

fixar en su cerebro vacilante una idea fugitiva á la que deseaba retener, acabó por volverse hacia la pared aplicando el oído contra ella.

Así permaneció algún tiempo inmóvil, reteniendo el aliento, sin atreverse apenas á respirar, estremeciéndose á veces como si alguien la pegara. Por fin, se echó hacia atrás murmurando :

— ¡ Mañana ! ¡ Es para mañana !... ¡ Hijo mío ! ¡ Ah !

Las últimas palabras no fueron un murmullo sino un grito; grito terrible que despertó á Almizclé y á Tafouilleux que dormían en una habitación contigua y acudieron al oírlo, encontrando á la pobre loca tendida en el suelo y desmayada.

¿ Qué había ocurrido ? Sencillamente esto. El callejón sin salida llamado del Paraiso, hallábase á un nivel inferior respecto á la corte de los milagros ; y dando la casualidad de que la casa de la loca fuese precisamente la que se apoyaba sobre la morada del duque de Egipto, como ambos alojamientos se hallaban separados por un simple muro de tierra y paja, Divina había podido oír sin perder una sola frase la conversación sostenida por los tres cómplices.

¿ Comprendió asimismo de lo que se trataba ?

No nos atreveríamos á afirmarlo.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que los que al siguiente día buscaron en su casuca á Divina la loca la buscaron en vano.

Divina habíase aprovechado del profundo sueño en que estaban sumidos sus abnegados guardianes para ausentarse de la corte de los milagros.

XV

EL PADRE DEL MAGNETISMO

El antiguo castillo de Vincennes fué una de las residencias favoritas de la realeza.

Felipe de Valois lo hizo derribar en 1337, comenzando enseguida las obras del que hoy existe aún y es conocido con el nombre de *donjon*, que no es otra cosa que lo que en todos los castillos se denominaba torre barragana. Este trabajo duró cuarenta años, quedando terminado cuando reinaba Carlos V.

El recinto del castillo propiamente dicho forma un vasto paralelogramo regular, rodeado de anchos fosos, de murallas y de torres cuadradas.

En el centro del ala norte un edificio espacioso que conserva el carácter de la época medioeval, pues en él se advierten vestigios de puentes levadizos, de rastrillos y de matacanes, sirve de entrada principal, abierta en la carretera de Paris.